

FRONTERA

El guardia de Aduana revisa nuestros pasaportes y nos mira constantemente con aires de sospecha. Nuestras fotos no dejan margen a la duda de que son pasaportes legales, pero algún miedo, al parecer, nos delata o quizás forma parte de su rutina el querer intrigarnos un poco, jodernos, intimidarnos, como si la presión y la tortura no terminara todavía; aunque ya estamos en el aeropuerto de Barajas, Madrid, después de sopesar toda la tortura psicológica y el desgarró sentimental que es dejar aquella isla maravillosa que se ha vuelto un desaforado infierno.

Toda la fé la tenemos en esta tierra a pesar de nuestras avanzadas edades, pero hemos elegido mejor morir en el intento de una nueva vida llena de incertidumbres, que seguir viendo cómo se nos consumía el espíritu en un país famoso por su calor y su color, por su música y su gente, por la calidad de sus playas, y que a la postre, mordido por una tozuda dictadura, todo se ha vuelto gris, lugubre y mustio que es el color de la miseria.

El guardia revisa minuciosamente nuestros pasaportes y nosotros rezamos que pase por alto que el visado está marcado hasta Roma, sin notar que hemos decidido quedarnos en esta escala.

-¿Primera vez en Europa? - pregunta en perfecto castellano, pero el acento es latino, más bien caribeño, se me confunde entre puertorriqueño y dominicano.

-Si- dice Kevin.

- No- decimos mi mujer y yo al unísono.

El guardia nos mira con dudas y frunce el ceño. Sus ojos parecen laser que escanean nuestras neuronas para detectar en qué punto mentimos y en cuál decimos acaso, alguna verdad.

Mis manos sudan, pero sobre actúo:

- Perdón... disculpe - tartamudeo levemente- Mi hijo sí es primera vez, nosotros ya habíamos estado antes.

Revisa de nuevo los pasaportes como quien busca evidencias de mi declaración, pero no hay cuños ni fotos de otras etapas, porque hemos sacado pasaportes nuevos para esta arriesgada aventura.

Kevin está anonadado y perdido. Es un chico alto, flaco, de rutinas simples y ambiente casero. Ha elegido dejar tronchada su carrera universitaria de Cultura Física confiado de nosotros que le hemos prometido un futuro próspero, cuando aún no sabemos qué tipo de realidad enfrentaremos en España. Es su primera vez por el mundo y nunca había visto un aeropuerto tan grande, ni tiendas tan lujosamente atiborradas de productos. Sabe que está en otra dimensión de la economía, pero su inocencia le hace creer que vive un fragmento de película tantas veces visto en su ordenador. Se lo notamos en el brillo de sus ojos apenas caminábamos los largos pasillos de Barajas, buscando la salida idónea, preguntándonos cómo podían confluir en un mismo espacio, cafeterías al lado de perfumerías, librerías pegadas a un Mc Donalds, luego productos de audio y celulares, para quedar sorprendido al notar que la tienda del Barza está

junto a la del Real Madrid. Todo le fascina y no atina en descifrar cuáles son las verdaderas intenciones de este guardia de turno.

Queremos irnos a vivir a Zaragoza, dicen que es fría como carajo, pero tenemos allí a una amiga dispuesta a tirarnos un cabo y yo siempre he soñado conocer la casa donde vivió José Martí en su primer destierro a España. Si la suerte no nos abandona, traigo muchos sueños relacionados con esa legendaria ciudad donde hizo vida Goya, adoran a la virgen del Pilar y el legendario río Ebro está lleno de historias milenarias. Siento que espiritualmente, es la ciudad pre destinada a mi alma, por encima de la opulencia de Madrid y de Barcelona.

Pero hemos chocado con un guardia sabueso que husmea y olfatea nuestros pasaportes una y otra vez, como quien sospecha nuestro plan migratorio y su deber es delatarnos. Desde Cuba, mi mujer y yo estudiamos minuciosamente cada detalle de este plan, le pedimos a Kevin mucha concentración en sus palabras, ensayamos respuestas convincentes si acaso tenemos que declarar ante un juzgado; no nos queda aún muy claro cómo es eso de pedir Asilo Político, no se me dan bien esos temas porque siempre he navegado en otras esferas que apuntan más a la literatura y las artes, pero ahora mismo, mirando de soslayo los movimientos del guardia, mi cabeza es solo humo, sin nada tangible y coherente que no sea este bombeo incesante que siento en el pecho, abrazado por un insoportable terror. Nadie es capaz de calcular el peso que encierra en el alma, dejarlo todo y empezar de cero. Sesenta años de vida de frente a una incertidumbre. Toda tu vida apostada ahora ante un enigma al que solo le conoces el deseo desesperante que te ha impuesto un gobierno que en cuestión de nada ha llevado a un país a la ruina y todo duele, lo mires por donde lo mires, sabiendo

que nunca podrás adivinar el día que ese calvario termine y te toque morir lejos de tu tierra.

Yo miro al guardia y en una ráfaga de pensamiento, me pregunto: ¿Y si en este preciso instante se frustra ese anhelo?

Sigue hojeando los tres pasaportes, los mezcla en cualquier orden y los vuelve a abrir y no deja de mirarnos. Hay algo en él que no me encaja, algo cercano y distante, me da tanto miedo como esperanzas. Es alto, musculoso, un tanto mulato, goza de parecerse a un Ranger Especial con su pistola a la cintura y sus botas altas acordonadas con fuerza. Es una verdadera mole humana que impresiona e intimida cuando te mira.

- ¿Van para Italia? - pregunta de momento y caigo en la cuenta que ahí mismo se nos acaba de joder la estrategia tantas veces planeada. No tenemos dinero para llegar a Italia y aventurarnos sorteando hoteles baratos y luego sacar tres pasajes de regreso a Madrid. No es nuestro plan. Mi mujer suda a chorros y prefiere callar. Yo demoro en encontrar la respuesta necesaria; entonces Kevin, el pobre, en su afán de hacerse sentir, dice un disparate:

- No. Queremos quedarnos en España.

Enmudecemos y es cuando vemos que el final de este sueño acaba de mandarnos de vueltas al infierno.

Muy serio, el guardia coge los pasaportes y sin mirarnos, dice:

-¡Acompañenme!

Le seguimos hecho un manojo de nervios con el corazón arrastrado junto a nuestras maletas. Miro a mi mujer y percibo dos hilos de lágrimas rodando por sus mejillas. Kevin cree adivinar el error que ha cometido y va serio y cabizbajo. Yo, paneo todo con mis ojos a modo de despedida viendo cómo, en pocos minutos, se desvanece un sueño pre escrito como fatalismo.

No lo puedo creer, siento que las fuerzas no me acompañan y no puedo precisar cuál sistema automático me guía como un zombie detrás del guardia. Lo estoy viendo todo sin precisar nada, es como si mi espíritu abandonara mi cuerpo y solo se moviera una masa amorfa sin vida, sin aliento, sin peso gravital sobre la tierra.

Lo seguimos y se va armando en mi cabeza la película más desgraciada de todas nuestras vidas; volver a Cuba no es, solamente, enterrarnos en la miseria económica y en la falta de esperanzas; es que allí no nos queda nada, lo hemos vendido todo empezando por la casa, a precios irrisorios para poder avanzar con algo mientras encontráramos trabajo en España, pero ninguna idea es válida ni suficiente en este precario momento, no tengo más verdad a mano que los ojos de mi mujer empapados de lágrimas.

Bajamos una escalera y caminamos un largo pasillo que parece conducirnos a un túnel. Luego subimos en un ascensor sin que nadie diga nada, mientras el guardia nos mira y algo raro hay en su mirada. Salimos y no lejos hay una puerta de cristal que se abre y se cierra automáticamente. Nos mira y ya no está rígido como el mármol, no parece un perro de caza. Nos entrega los pasaportes y pone su mano suavemente encima de mi hombro. Siento el corrientazo de su energía ancestral y me mira sonriendo. Parece otra

persona, tiene sonrisa de niño bondadoso. Se inclina para estar a la altura de mi espanto, y cuando me cala hondo, me da una palmada y dice con lo más bello de su voz:

- Allí está la salida al servicio de Taxi. Bienvenidos a España. Tranquilo mi hermano. Yo también soy cubano.